

La biblioteca de Peter Kien

Emilio Pascual*

AUTO DE FE

PRIMERA EDICIÓN: 1936



ELÍAS CANETTI (1905-1994)

En varias ocasiones hemos visto la preferencia que por las bibliotecas siente el fuego, quizá sólo comparable a la que experimenta por los árboles, precursores al fin y al cabo del papel. Hace temer por nuestro destino. Porque «todos somos libros», según pensaba Peter Kien, un hombre-libro que, si no fuera cronológicamente anterior, parecería un ejemplar extraviado de aquella heroica organización de «vagabundos por el exterior, bibliotecas por el interior», como la autodefinió su jefe Granger en la memorable epopeya de *Fahrenheit 451*.

No lo era. Podría haberlo sido, porque «en cierto modo llevaba en la cabeza una segunda biblioteca, tan surtida y de fiar como la verdadera», y su memoria, exacta e implacable, le permitía redactar ensayos repletos de detalles seminimos, consultando solo su *bibliocabeza*: «hasta sus sueños tenían perfiles más precisos que los de la mayoría de la gente». Pero no lo era, porque la relación de Peter Kien con los libros tenía algo de inhumano y destructor.

Una biblioteca ambulante

Peter Kien, «sin duda el primer sinólogo de su tiempo», que en una revista holandesa fue apodado «el Jakob Burck-

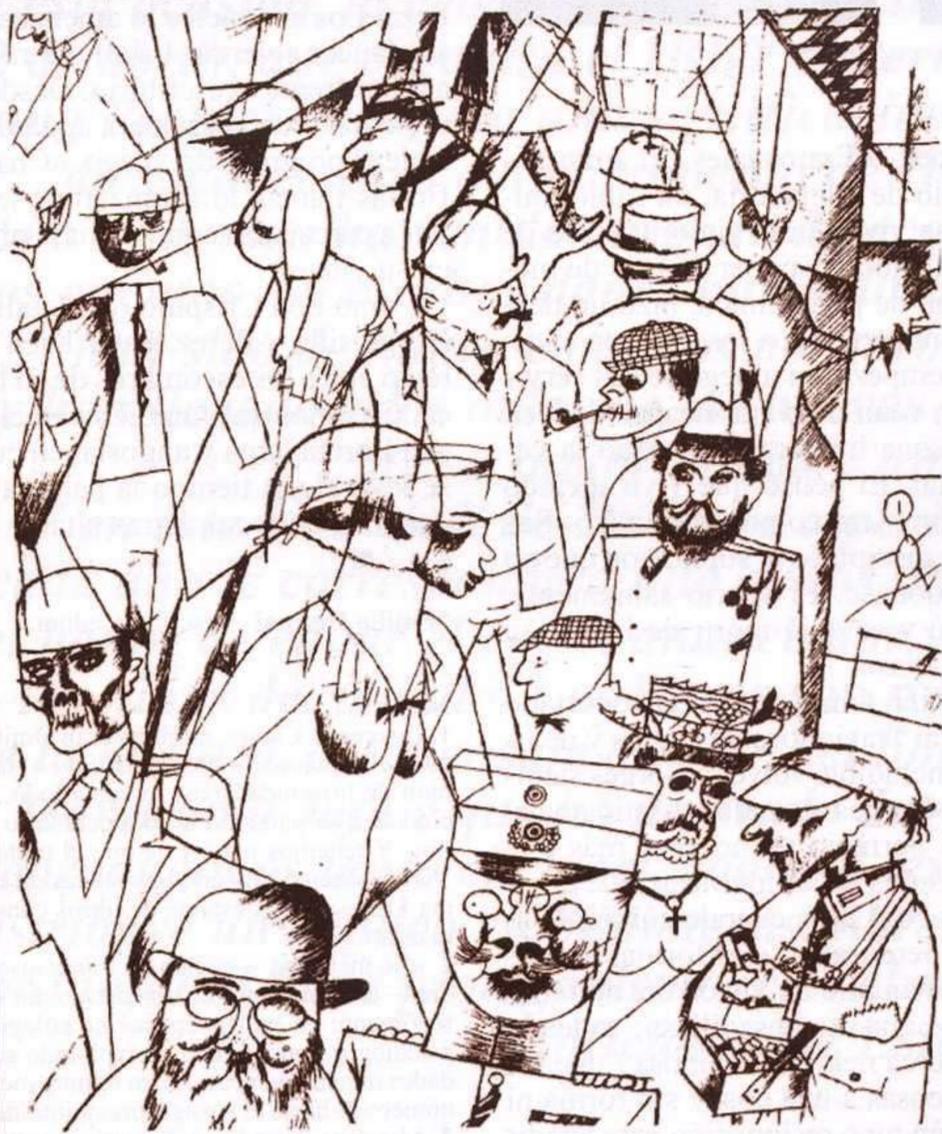
hardt de las culturas orientales», no sólo tenía una biblioteca de veinticinco mil volúmenes, sino que él mismo era una biblioteca ambulante.¹ Expulsado de su propia biblioteca por circunstancias no ajenas a su propio modo de ser y de existir —una cabeza sin mundo—, tuvo que valerse de una biblioteca de repuesto que tenía para casos de emergencia. Recorría las librerías de la ciudad y cada noche dormía en un hotel distinto. Su memoria, indestructible, le permitía cargar con su nueva biblioteca en la cabeza.² Su erudición, portentosa, conseguir que una frase suya equivaliera «en contenido a varias librerías bien surtidas».

Peter Kien era profesor. Aunque siempre es posible preguntarse si, para ser profesor, basta con tener una inmensa biblioteca o es preciso dar clases, transmitir el conocimiento, mejorar el ser.³ Peter Kien, que no había leído aquellos versos de Borges: «He cometido el peor de los pecados / que un hombre puede cometer. No he sido / feliz», no quiso ser feliz: se conformó con ser sabio. Si alguna vez lo rozó la tentación de creer en la felicidad, en seguida la desechaba como «un despreciable objetivo vital de los analfabetos». No veía a la gente de su alrededor e incluso desviaba la vista cuando se cruzaba con alguien en la escalera.

Retraído, «malhumorado y taciturno

Elías Canetti

AUTO DE FE



Muchnik Editores

por naturaleza», era un hombre enjuto y alto, que podía mirar fácilmente a cualquiera por encima del hombro. La falta de puntualidad le daba náuseas. Dominaba una docena de lenguas orientales y varias occidentales. «Admiraba a Mi-

guel Ángel, cuyo *Juicio final* ponía por encima de todo.» Peter Kien, o el hombre sin atributos en un mundo desintegrado, deshumanizado, un mundo donde ser «significa ser de otro modo, un simple molde, un maniquí de sastre puesto

en marca o detenido por algún gracioso azar y enteramente dependiente de éste». Un mundo sin cabeza.

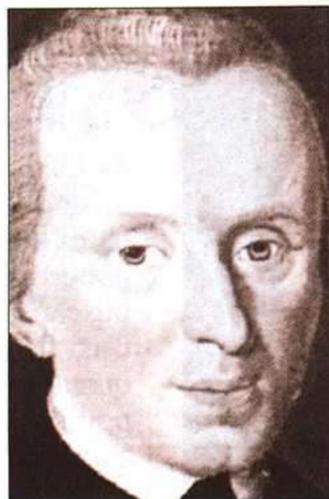
Su biblioteca era «la biblioteca privada más importante de la localidad». Él mismo la describió como «de excepcionales dimensiones» cuando se decidió a poner un anuncio en el periódico para buscar un «ama de llaves responsable». Casi había gastado en ella su fortuna y quizá su gran frustración fue no haber podido adquirir la biblioteca del viejo Silzinger, que «contenía unos 22.000 volúmenes, y aunque no pudiera competir con la suya, incluía piezas de gran valor». Habría creído poder prescindir antes de la comida que de los libros. Al fin y al cabo, «en la escala de las actividades humanas, comer ocupaba el rango más bajo. Se había creado todo un culto en torno la comida, cuando en realidad sólo era el primer paso hacia otras funciones harto despreciables».

Apenas comprendía que alguien pudiera vivir exiliado, es decir, sin libros. Por lo demás, «conocía el aborrecible trato que la humanidad suele reservar a los libros». Es cierto que en algunas subastas había conseguido ejemplares raros que no habría sido posible en una librería de viejo; pero también había comprobado que una magnífica edición de una *Biblia* de Lutero podía resultar dolorosamente falsa. Una vez hizo una buena acción: compró a un estudiante un Schiller en ocho tomos, una edición que no valía nada y en un estado lastimoso. ¿Por qué lo hizo, si «cualquier gesto amable en un ser humano era para él un milagro»? Quizá porque era como haber librado (¿provisionalmente?) a un animal del matadero. Tal vez porque recordó que hay libros que anhelan la compañía de otros libros con los que han convivido en otro tiempo.⁴

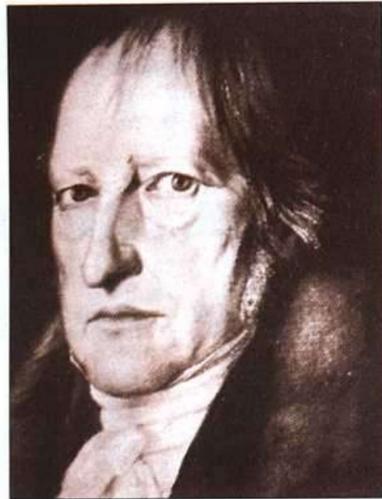
De su época de escolar guardaba un libro titulado *Los pantalones del señor von Bredow*. Tenía «la cubierta manchada y las páginas grasientas», debido al mal trato de los amigos a quienes se lo había prestado. (Acaso por algún complejo freudiano de aquella época tuvo la intención de escribir una *Caracterología según los pantalones*, junto con un *Apéndice sobre el calzado*). De todos modos, estimaba que «no hay espíritu que medre con las novelas. El placer que



Confucio.



Kant.



Hegel.

en ocasiones nos ofrecen se paga muy caro: acaba por erosionar el carácter más firme». Diríase que podría haber hecho suyo el tradicional «novelas, no verlas», pues juzgaba que «las novelas son como cuñas que el escritor va clavando en la hermética personalidad de sus lectores. Cuanto mejor calcule las medidas de la cuña y la resistencia por vencer, más dividida dejará a su víctima. El Estado debiera prohibir las novelas», concluía.

El fuego liberador

En su biblioteca sería difícil echar en falta nada relacionado con su especialidad, China y la sinología. (Sin embargo, no lo vemos como hombre dado a las *chinoiseries*). Allí estaban los sermones de Gautama Buda, pero también «el fantástico infierno de la filosofía alemana»: Kant, Hegel, Schelling, Fichte, Schopenhauer, Nietzsche... De hecho había escrito un ensayo sobre Kant y Confucio, que su hermano había leído «con más interés y apasionamiento que al mismo Kant o los *Diálogos* de Confucio», y trabajaba en otros diez al mismo tiempo: «fisgoneos lingüísticos» de aquel mundo inaccesible. En cierta ocasión tuvo una peligrosa caída en la biblioteca, que lo retuvo en cama seis largas semanas: entre los libros que arrastró en su caída se halló un ejemplar de *Armamento y táctica de los lansquenets*.

Un día topó en la calle con un ciego. Una asociación de ideas comprensible, y en su caso inevitable, lo retrotrajo hasta

Eratóstenes. «Eratóstenes, el gran bibliotecario de Alejandría, un sabio universal que vivió en el siglo III antes de Cristo y llegó a disponer de más de medio millón de pergaminos, hizo un descubrimiento terrible a los ochenta años: sus ojos empezaron a negarle sus servicios. Aún veía, pero era incapaz de leer. Otra persona hubiera aguardado la ceguera total. Él pensó que vivir alejado de los libros era como estar ciego. Sus amigos y discípulos le suplicaron que no los abandonase. Él sonrió sabiamente, agradeció y se dejó morir de inanición en pocos días».

Peter Kien tampoco habría soportado la ceguera. Tratándose de ciegos y de libros, es ineludible volver a Borges siempre. Pero Borges, cuando advirtió que el azul y el bermejo ya no eran más que nieblas y «dos voces inútiles»; que el espejo, una cosa gris; cuando comprendió que sólo perduraban «las formas amarillentas», y su ángulo de visión era apto nada más «para ver pesadillas»; rodeado de esa «terca neblina luminosa / que reduce las cosas a una cosa / sin forma ni color», aún tuvo resignación para añadir estos dos versos luminosos:

«A los otros les queda el universo;
a mi penumbra, el hábito del verso».

Antes de la caída, subido en una escalera de mano, Peter Kien dirigió un discurso premonitorio a los libros de su propia biblioteca. Un párrafo significativo decía: «No necesito recordaros en detalle la antiquísima y gloriosa historia de vuestros padecimientos... En el año

213 antes de Cristo, y por orden del emperador chino Shih Huang Ti, un brutal usurpador que osó arrogarse los títulos de «Primero, Sublime y Divino», fueron quemados todos los libros de la China...». Tiempo después, ya poseído por la locura y sin necesidad de remitirse a Sansón o a Jorge de Burgos, un Peter Kien acosado en su biblioteca, empezó a apilar libros en el vestíbulo, «amontonándolos contra la puerta de hierro», hasta construir un sólido parapeto contra el mundo exterior. Un mundo en la cabeza. Los anaqueles lo amenazaban con sus fauces abiertas. La alfombra empezó a arder frente al escritorio. Desde el sexto peldaño de la escalera aguardó impasible el progreso del fuego. «Cuando por fin las llamas lo alcanzaron, se echó a reír a carcajadas como jamás había reído en su vida».

Como don Crispulo (o Claudio) de la Hermosilla y Pérez, Peter Kien desapareció entre los escombros de su biblioteca. Creemos que también pereció con él una libreta larga y angosta, en cuya tapa se leyó algún tiempo la palabra *Estupideces*, escrita con letras altas y angulosas. ⁵ ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. De creer a Chéjov, también Iván Dmítrich Grómov, el funcionario de *El pabellón nº 6*, «en opinión de los ciudadanos, lo sabía todo, era en la ciudad algo parecido a un diccionario de bolsillo». Y tenemos noticia de que el pintor cubano Víctor Manuel dijo en alguna ocasión que Lezama Lima «era un estante de libros con patas humanas».
2. «Su memoria —cuenta un minucioso historiador— era tenida por un don divino, un verdadero fenómeno; ya en sus épocas de colegial, varios psicólogos famosos habían explorado sus capacidades mnemotécnicas. En un minuto memorizó el número pi hasta el sexagesimoquinto decimal».
3. Mientras Peter Kien dictaminaba que «aprender lo es todo», Heinrich von Kleist escribió a una amiga suya que «el saber no nos hace mejores ni más felices». No necesariamente.
4. Años después escribiría Borges: «Mis libros (que no saben que yo existo) / son tan parte de mí como este rostro».
5. Curiosamente, «en ella iba anotando cuanto quería olvidar. Empezaba con la fecha, la hora y el lugar, al que seguía el incidente destinado a ilustrar la estupidez humana con un nuevo ejemplo. Una cita apropiada, siempre nueva, servía de conclusión. Nunca leía su colección de estupideces; una ojeada a la cubierta le bastaba. Pensaba editarla años más tarde bajo el título: *Paseos de un sinólogo*».